

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL - AÑO DE LA FE 2012-2013

¿Qué es la fe?

24 de octubre de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

El miércoles pasado, con el inicio del Año de la fe, empecé una nueva serie de catequesis sobre la fe. Y hoy desearía reflexionar con vosotros sobre una cuestión fundamental: ¿qué es la fe? ¿Tiene aún sentido la fe en un mundo donde ciencia y técnica han abierto horizontes hasta hace poco impensables? ¿Qué significa creer hoy? De hecho, en nuestro tiempo es necesaria una renovada educación en la fe, que ciertamente comprenda el conocimiento de sus verdades y de los acontecimientos de la salvación, pero que sobre todo nazca de un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo, de amarle, de confiar en Él, de forma que toda la vida esté involucrada en ello.

Hoy, junto a tantos signos de bien, crece también a nuestro alrededor cierto desierto espiritual. A veces se tiene la sensación, por determinados sucesos de los que tenemos noticia todos los días, de que el mundo no se encamina hacia la construcción de una comunidad más fraterna y más pacífica; las ideas mismas de progreso y bienestar muestran igualmente sus sombras. A pesar de la grandeza de los descubrimientos de la ciencia y de los éxitos de la técnica, hoy no parece que el hombre sea verdaderamente más libre, más humano; persisten muchas formas de explotación, manipulación, violencia, vejación, injusticia... Cierta forma de cultura, además, ha enseñado a moverse solo en el horizonte de las cosas, de lo factible; a creer solo en lo que se ve y se toca con las propias manos. Por otro lado, crece también el número de cuantos se sienten desorientados y, buscando ir más allá de una visión solo horizontal de la realidad, están dispuestos a creer en cualquier cosa. En este contexto vuelven a emerger algunas preguntas fundamentales, que son mucho más concretas de lo que parecen a primera vista: ¿Qué sentido tiene vivir? ¿Hay un futuro para el hombre, para nosotros y para las nuevas generaciones? ¿En qué dirección orientar nuestras decisiones, tomadas en libertad, para que lleven a una vida buena y feliz? ¿Qué nos espera tras el umbral de la muerte?

De estas preguntas insoslayables se deduce que el mundo de la planificación, del cálculo exacto y de la experimentación, en pocas palabras, el conocimiento científico, por importante que sea para la vida del hombre, no basta por sí solo. El pan material no es lo único que necesitamos; tenemos necesidad de amor, de significado y de esperanza, de un fundamento seguro, de un terreno sólido que nos ayude a vivir con un sentido auténtico también en las crisis, las oscuridades, las dificultades y los problemas cotidianos. La fe nos da precisamente esto: es una entrega confiada a un "Tú" que es Dios, quien nos da una certeza distinta, pero no menos sólida que la que nos llega del cálculo exacto o de la ciencia. La fe no es un simple asentimiento intelectual del hombre a las verdades particulares sobre Dios; es un acto con el que me confío libremente a un Dios que es Padre y me ama; es adhesión a un "Tú" que me da esperanza y confianza. Ciertamente, esta adhesión a Dios no carece de contenidos: con ella somos conscientes de que Dios mismo se ha mostrado a nosotros en Cristo, ha dado a ver su rostro y se ha hecho realmente cercano a cada uno de nosotros.

Es más, Dios ha revelado que su amor hacia el hombre, hacia cada uno de nosotros, es sin medida; en la Cruz, Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre, nos muestra del modo más luminoso hasta qué punto llega ese amor: hasta el don de sí mismo, hasta el sacrificio total. Con el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, Dios desciende hasta el fondo de nuestra humanidad para volver a llevarla a Él, para elevarla a su altura. La fe es creer en este amor de Dios, que no decae frente a la maldad del hombre, frente al mal y la muerte, sino que es capaz de transformar toda forma de esclavitud, dando la posibilidad de la salvación. Tener fe, entonces, es encontrar a este "Tú", Dios, que me sostiene y me

concede la promesa de un amor indestructible que no solo aspira a la eternidad, sino que la dona; es confiarme a Dios con la actitud de un niño, quien sabe bien que ante todas sus dificultades, ante todos sus problemas, está protegido por el "tú" de su madre. Y esta posibilidad de salvación a través de la fe es un don que Dios ofrece a todos los hombres. Pienso que deberíamos meditar con mayor frecuencia —en nuestra vida cotidiana, caracterizada por problemas y situaciones a veces dramáticas— sobre el hecho de que creer cristianamente significa este abandonarme con confianza en el sentido profundo que me sostiene a mí y al mundo; ese sentido que nosotros no tenemos capacidad de darnos, sino solo de recibir como don, y que es el fundamento sobre el que podemos vivir sin miedo. Y esta certeza liberadora y tranquilizadora de la fe debemos ser capaces de anunciarla con la palabra y mostrarla con nuestra vida de cristianos.

Con todo, cada día vemos a nuestro alrededor que muchos permanecen indiferentes o rechazan acoger este anuncio. Al final del Evangelio de Marcos, leemos estas duras palabras del Resucitado: «*El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado*» (Mc 16,16), se pierde él mismo. Desearía invitaros a reflexionar sobre esto. La confianza en la acción del Espíritu Santo nos debe impulsar siempre a ir y predicar el Evangelio, al testimonio valiente de la fe; pero, además de la posibilidad de una respuesta positiva al don de la fe, existe también el riesgo del rechazo del Evangelio, de la no acogida del encuentro vital con Cristo. Ya san Agustín planteaba este problema en un comentario suyo a la parábola del sembrador: «*Nosotros hablamos —decía—, echamos la semilla, esparcimos la semilla. Hay quienes desprecian, quienes reprochan, quienes ridiculizan. Si tememos a estos, ya no tendremos nada que sembrar, y el día de la siega nos quedaremos sin cosecha. Por ello, venga la semilla de la tierra buena*» (*Discursos sobre la disciplina cristiana*, 13, 14: PL 40, 677-678). El rechazo, por lo tanto, no debe desalentarnos. Como cristianos, somos testigos de ese terreno fértil: nuestra fe, aun con nuestras limitaciones, muestra que existe la tierra buena, donde la semilla de la Palabra de Dios produce frutos abundantes de justicia, de paz y de amor, de nueva humanidad, de salvación. Y toda la historia de la Iglesia, con todos sus problemas, demuestra también que existe la tierra buena, existe la semilla buena, y da fruto.

Pero preguntémosnos: ¿de dónde obtiene el hombre esa apertura del corazón y de la mente para creer en el Dios que se ha hecho visible en Jesucristo muerto y resucitado, para acoger su salvación, de forma que Él y su Evangelio sean la guía y la luz de su existencia? Respuesta: nosotros podemos creer en Dios porque Él se acerca a nosotros y nos toca; porque el Espíritu Santo, don del Resucitado, nos hace capaces de acoger al Dios viviente. Así pues, la fe es ante todo un don sobrenatural, un don de Dios. El Concilio Vaticano II afirma: «*Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede "a todos gusto en aceptar y creer la verdad"*» (Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 5). En la base de nuestro camino de fe está el Bautismo, el sacramento que nos dona el Espíritu Santo, convirtiéndonos en hijos de Dios en Cristo, y marca la entrada en la comunidad de fe, en la Iglesia: no se cree por uno mismo, sino con la acción previa de la gracia del Espíritu; y no se cree en soledad, sino junto a los hermanos. Del Bautismo en adelante, cada creyente está llamado a revivir y hacer propia esta confesión de fe junto a los hermanos.

La fe es don de Dios, pero es también acto profundamente libre y humano. El *Catecismo de la Iglesia Católica* lo dice con claridad: «*Solo es posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo. Pero no es menos cierto que creer es un acto auténticamente humano. No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre*» (n. 154). Es más, las implica y exalta en una apuesta de vida que es como un éxodo, salir de uno mismo, de las propias seguridades, de los propios esquemas mentales, para confiarse a la acción de Dios, que nos indica el camino para conseguir la verdadera libertad, nuestra identidad humana, la alegría verdadera del corazón, la paz con todos. Creer es fiarse con toda libertad y con alegría del proyecto providencial de Dios sobre la historia, como hizo el patriarca Abrahán, como hizo María de Nazaret. Así pues, la fe es un asentimiento con el que nuestra mente y nuestro corazón dicen "sí" a Dios, confesando que Jesús es el Señor. Y este "sí" transforma la vida, le abre el camino hacia una plenitud de significado, la hace nueva, rica en alegría y en esperanza fiable.

Queridos amigos: nuestro tiempo requiere cristianos que hayan sido aferrados por Cristo, y que crezcan en la fe gracias a la familiaridad con la Sagrada Escritura y los sacramentos. Personas que sean

casi un libro abierto que narre la experiencia de la vida nueva en el Espíritu, la presencia de ese Dios que nos sostiene en el camino y nos abre hacia la vida que jamás tendrá fin. Gracias.

(**Saludo** a los peregrinos de lengua española y **anuncio** de la creación de seis nuevos miembros del Colegio Cardenalicio en el Consistorio del 24-11-2012)

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI
Catequesis

AUDIENCIA GENERAL - AÑO DE LA FE 2012-2013

¿Qué es la fe?

24 de octubre de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

El miércoles pasado, con el inicio del Año de la fe, empecé una nueva serie de catequesis sobre la fe. Y hoy desearía reflexionar con vosotros sobre una cuestión fundamental: ¿qué es la fe? ¿Tiene aún sentido la fe en un mundo donde ciencia y técnica han abierto horizontes hasta hace poco impensables? ¿Qué significa creer hoy? De hecho, en nuestro tiempo es necesaria una renovada educación en la fe, que ciertamente comprenda el conocimiento de sus verdades y de los acontecimientos de la salvación, pero que sobre todo nazca de un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo, de amarle, de confiar en Él, de forma que toda la vida esté involucrada en ello.

Hoy, junto a tantos signos de bien, crece también a nuestro alrededor cierto desierto espiritual. A veces se tiene la sensación, por determinados sucesos de los que tenemos noticia todos los días, de que el mundo no se encamina hacia la construcción de una comunidad más fraterna y más pacífica; las ideas mismas de progreso y bienestar muestran igualmente sus sombras. A pesar de la grandeza de los descubrimientos de la ciencia y de los éxitos de la técnica, hoy no parece que el hombre sea verdaderamente más libre, más humano; persisten muchas formas de explotación, manipulación, violencia, vejación, injusticia... Cierta tipo de cultura, además, ha enseñado a moverse solo en el horizonte de las cosas, de lo factible; a creer solo en lo que se ve y se toca con las propias manos. Por otro lado, crece también el número de cuantos se sienten desorientados y, buscando ir más allá de una visión solo horizontal de la realidad, están dispuestos a creer en cualquier cosa. En este contexto vuelven a emerger algunas preguntas fundamentales, que son mucho más concretas de lo que parecen a primera vista: ¿Qué sentido tiene vivir? ¿Hay un futuro para el hombre, para nosotros y para las nuevas generaciones? ¿En qué dirección orientar nuestras decisiones, tomadas en libertad, para que lleven a una vida buena y feliz? ¿Qué nos espera tras el umbral de la muerte?

De estas preguntas insoslayables se deduce que el mundo de la planificación, del cálculo exacto y de la experimentación, en pocas palabras, el conocimiento científico, por importante que sea para la vida del hombre, no basta por sí solo. El pan material no es lo único que necesitamos; tenemos necesidad de amor, de significado y de esperanza, de un fundamento seguro, de un terreno sólido que nos ayude a vivir con un sentido auténtico también en las crisis, las oscuridades, las dificultades y los problemas cotidianos. La fe nos da precisamente esto: es una entrega confiada a un "Tú" que es Dios, quien nos da una certeza distinta, pero no menos sólida que la que nos llega del cálculo exacto o de la ciencia. La fe no es un simple asentimiento intelectual del hombre a las verdades particulares sobre Dios; es un acto con el que me confío libremente a un Dios que es Padre y me ama; es adhesión a un "Tú" que me da esperanza y confianza. Ciertamente, esta adhesión a Dios no carece de contenidos: con ella somos conscientes de que Dios mismo se ha mostrado a nosotros en Cristo, ha dado a ver su rostro y se ha hecho realmente cercano a cada uno de nosotros.

Es más, Dios ha revelado que su amor hacia el hombre, hacia cada uno de nosotros, es sin medida; en la Cruz, Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre, nos muestra del modo más luminoso hasta qué punto llega ese amor: hasta el don de sí mismo, hasta el sacrificio total. Con el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, Dios desciende hasta el fondo de nuestra humanidad para volver a llevarla a Él, para elevarla a su altura. La fe es creer en este amor de Dios, que no decae frente a la maldad del hombre, frente al mal y la muerte, sino que es capaz de transformar toda forma de esclavitud, dando la posibilidad de la salvación. Tener fe, entonces, es encontrar a este "Tú", Dios, que me sostiene y me concede la promesa de un amor indestructible que no solo aspira a la eternidad, sino que la dona; es confiarme a Dios con la actitud de un niño, quien sabe bien que ante todas sus dificultades, ante todos sus problemas, está protegido por el "tú" de su madre. Y esta posibilidad de salvación a través de la fe es un don que Dios ofrece a todos los hombres. Pienso que deberíamos meditar con mayor frecuencia —en nuestra vida cotidiana, caracterizada por problemas y situaciones a veces dramáticas— sobre el hecho de que creer cristianamente significa este abandonarme con confianza en el sentido profundo que me sostiene a mí y al mundo; ese sentido que nosotros no tenemos capacidad de darnos, sino solo de recibir como don, y que es el fundamento sobre el que podemos vivir sin miedo. Y esta certeza liberadora y tranquilizadora de la fe debemos ser capaces de anunciarla con la palabra y mostrarla con nuestra vida de cristianos.

Con todo, cada día vemos a nuestro alrededor que muchos permanecen indiferentes o rechazan acoger este anuncio. Al final del Evangelio de Marcos, leemos estas duras palabras del Resucitado: «*El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado*» (Mc 16,16), se pierde él mismo. Desearía invitaros a reflexionar sobre esto. La confianza en la acción del Espíritu Santo nos debe impulsar siempre a ir y predicar el Evangelio, al testimonio valiente de la fe; pero, además de la posibilidad de una respuesta positiva al don de la fe, existe también el riesgo del rechazo del Evangelio, de la no acogida del encuentro vital con Cristo. Ya san Agustín planteaba este problema en un comentario suyo a la parábola del sembrador: «*Nosotros hablamos —decía—, echamos la semilla, esparcimos la semilla. Hay quienes desprecian, quienes reprochan, quienes ridiculizan. Si tememos a estos, ya no tendremos nada que sembrar, y el día de la siega nos quedaremos sin cosecha. Por ello, venga la semilla de la tierra buena*» (*Discursos sobre la disciplina cristiana*, 13, 14: PL 40, 677-678). El rechazo, por lo tanto, no debe desalentarnos. Como cristianos, somos testigos de ese terreno fértil: nuestra fe, aun con nuestras limitaciones, muestra que existe la tierra buena, donde la semilla de la Palabra de Dios produce frutos abundantes de justicia, de paz y de amor, de nueva humanidad, de salvación. Y toda la historia de la Iglesia, con todos sus problemas, demuestra también que existe la tierra buena, existe la semilla buena, y da fruto.

Pero preguntémonos: ¿de dónde obtiene el hombre esa apertura del corazón y de la mente para creer en el Dios que se ha hecho visible en Jesucristo muerto y resucitado, para acoger su salvación, de forma que Él y su Evangelio sean la guía y la luz de su existencia? Respuesta: nosotros podemos creer en Dios porque Él se acerca a nosotros y nos toca; porque el Espíritu Santo, don del Resucitado, nos hace capaces de acoger al Dios viviente. Así pues, la fe es ante todo un don sobrenatural, un don de Dios. El Concilio Vaticano II afirma: «*Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede "a todos gusto en aceptar y creer la verdad"*» (Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 5). En la base de nuestro camino de fe está el Bautismo, el sacramento que nos dona el Espíritu Santo, convirtiéndonos en hijos de Dios en Cristo, y marca la entrada en la comunidad de fe, en la Iglesia: no se cree por uno mismo, sino con la acción previa de la gracia del Espíritu; y no se cree en soledad, sino junto a los hermanos. Del Bautismo en adelante, cada creyente está llamado a revivir y hacer propia esta confesión de fe junto a los hermanos.

La fe es don de Dios, pero es también acto profundamente libre y humano. El *Catecismo de la Iglesia Católica* lo dice con claridad: «*Solo es posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo. Pero no es menos cierto que creer es un acto auténticamente humano. No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre*» (n. 154). Es más, las implica y exalta en una apuesta de vida que es como un éxodo, salir de uno mismo, de las propias seguridades, de los propios esquemas mentales, para confiarse a la acción de Dios, que nos indica el camino para conseguir la verdadera libertad, nuestra identidad humana, la alegría verdadera del corazón, la paz con todos. Creer es fiarse con toda libertad y con alegría del proyecto providencial de Dios sobre la historia, como hizo el patriarca Abrahán, como hizo María de Nazaret. Así pues, la fe es un asentimiento con el que nuestra mente y nuestro corazón dicen "sí" a Dios, confesando que Jesús es el Señor. Y este "sí" transforma la vida, le abre el camino hacia una plenitud de significado, la hace nueva, rica en alegría y en esperanza fiable.

Queridos amigos: nuestro tiempo requiere cristianos que hayan sido aferrados por Cristo, y que crezcan en la fe gracias a la familiaridad con la Sagrada Escritura y los sacramentos. Personas que sean casi un libro abierto que narre la experiencia de la vida nueva en el Espíritu, la presencia de ese Dios que nos sostiene en el camino y nos abre hacia la vida que jamás tendrá fin. Gracias.

(**Saludo a los peregrinos de lengua española y anuncio de la creación de seis nuevos miembros del Colegio Cardenalicio en el Consistorio del 24-11-2012**)